

LA IGLESIA Y EL NUEVO IMPERIO GERMANICO.

- 1.—El feudalismo en Alemania; Enrique el fundador.—2.—El feudalismo en Italia; los Pontífices.—
3.—La casa de Sajonia; la Unificación.—4.—La reforma eclesiástica; la querrela de las investiduras y la casa de Franconia.

1. *El feudalismo en Alemania; Enrique el fundador.*—Si el aspecto dominante del feudalismo es la *división*, con tendencias á ser ilimitada, el mundo civilizado entero lo tenía; lo mismo los califatos árabes que los reinos cristianos; lo mismo el imperio bizantino que los países escandinavos; lo mismo los incipientes reinos eslavos que los nacientes reinos españoles. Entre todos estos feudalismos, lo dijimos en el anterior capítulo, hay diferencias, pero el fondo es el mismo. En Alemania, al desaparecer los carolingios, quedó desnuda, digámoslo así, la gran distribución germánica de la antigua unidad: el vasto territorio de Sajonia que se extiende desde el Rhin hasta las marcas establecidas sobre el Elba y junto al Báltico, para combatir á los eslavos y á los escandinavos, forma con Thuringia un ducado que era casi un reino independiente cuyos duques descendían de Carlo Magno; al Sur, el antiguo reino de Baviera, dividido en condados por el gran emperador, se reconstituye, gracias á las necesidades de la lucha contra los magyares ó húngaros y al valor y la tenacidad de otros descendientes indirectos de los carolingios; el ducado de Suavia también se bosqueja ya en los de Alemania y Alsacia; el grupo franco que había quedado establecido sobre el Main y el Neckar, después de terribles luchas, forma un ducado de Franconia bajo Conrado I; situado entre Francia y Germania el antiguo territorio de Lothario, encuentra señores que aprovechándose de las rivalidades de los dos pueblos vecinos, constituyen el ducado de Lorena. —Los duques reciben la investidura del rey ó el emperador, forman el consejo de éstos en la paz y mandan los ejércitos en la guerra; ellos, para poder ser á su vez reyes ó emperadores, tratan de impedir que este encargo sea hereditario, pero los suyos sí lo son. En cambio, en cada ducado hay muchos condes, restos de la antigua organización administrativa, casi independientes de sus duques y que, casi siempre apoyándose en los reyes, limitan el poder de aquéllos; hay también mucha mayor cantidad que en Francia de hombres libres de todo vínculo feudal. Además, el feudalismo eclesiástico era potentísimo en Alemania: los obispos de Colonia, Treveris, Salzburgo, Constanza y los abades de S. Gall, de Fulda, etc., tenían á sus órdenes tantos ó más condes y vasallos y siervos que los duques; gozaban de toda especie de inmunidades, acuñaban moneda, morían en los campos de batalla y

acompañaban al emperador al frente de sus huestes, en sus grandes luchas con el Papa.—Arnulfo, un bastardo carolingio, hace un vano alarde de restauración imperial ayudado por los príncipes eclesiásticos; su hijo Luis es testigo de las terribles invasiones húngaras y muere; bajo la presidencia del arzobispo de Maguncia, los nobles eclesiásticos y laicos dan la corona al duque de Franconia, Conrado, y á la muerte de éste, á Enrique, duque de Sajonia (919), proclamado rey de Sajones y Francos y que logró por la fuerza, á veces y, sobre todo, por medio de concesiones, reunir bajo su cetro los cinco grandes ducados. Los *magyares*, de origen tártaro, como los hunos, llamados al principio por los príncipes alemanes, hacían incursiones feroces, incendiando y talando sin piedad, al través de Alemania hasta el corazón de Francia y de Italia; partían de sus aldeas fijadas ya en el curso medio del Danubio. Enrique hizo levantar buen número de plazas fuertes, sobre todo en su territorio patrimonial, para defenderse contra los eslavos del Este y los de Bohemia (*tzekes*) que le rindieron tributos; venció á los húngaros y erigió magníficos monasterios. Los historiadores alemanes llaman con razón á este noble príncipe Enrique el Fundador; otros le llamaron, por sus aficiones cinegéticas, *el pajarero*. Murió en 936.

2. *El feudalismo italiano; los Pontífices.*—El feudalismo italiano tiene también caracteres distintos del francés. Estaba complicado con el poder de los obispos y la incipiente autonomía de los municipios y repúblicas marítimas. Había en la marca oriental (Friul) un señor poderoso que sojuzgaba la Lombardía y el Véneto; otro marqués, el de Ivrea, dominaba desde los Alpes al Piamonte; mas los poderosos obispos de Milán y de Turín, las repúblicas de Venecia y Génova, ponían frecuentemente á raya el poder de estos magnates. En la Italia Central, los duques de Toscana eran también poderosos, lo mismo que en Umbría los de Spoleto; pero el obispo de Ravenna, que á veces se consideraba dependiente del patriarca griego, tenía casi tanto poder como ellos. En el Sur, el ducado de Benevento, los principados de Tarento y Capua, el príncipe obispo de Nápoles, dependían apenas de los emperadores bizantinos; las prósperas repúblicas de Gaeta y Amalfi, señoreaban en parte el Mediterráneo y la última ponía en observancia el primero de los códigos marítimos. De este laberinto feudal, en que sólo hemos marcado los puntos culminantes, surgía de vez en cuando un rey de Italia ó de Lombardos y hasta un emperador efímero que el Papa reinante consagraba de grado ó por fuerza en Roma; ya era un rey de Provenza, ya un duque de Friul, ya uno de Spoleto, ya un rey de Borgoña. (Así se llamaba toda la parte de la antigua herencia de Lothario I, ocupada por la cuenca del Ródano y

que se dividía en dos Borgoñas, con ellas se formó algún tiempo después el reino de Arles, que se consideraba como parte del Imperio germánico). Todos estos ambiciosos lucharon poniendo de su lado una parte de los grandes feudales en contra de la otra, recurriendo á todos los crímenes, combatiendo unas veces á los sarracenos y á los magyares, llamándolos otros al territorio italiano en donde sembraban el espanto y la ruina, dando el poder á mujeres llenas de ambición, de lujuria y de belleza que realizaban las más criminales intrigas en las que envolvían el prestigio y la honra de los papas.

La creación del poder temporal tuvo la consecuencia forzosa de hacer de la silla de Pedro un objeto de codicia humana y positiva, porque eran muy pingües sus rentas y tenía la prerrogativa de la consagración de los emperadores. Las elecciones de los papas, que desde sus comienzos habían sido motivo frecuente de intrigas y de sangrientas luchas entre los electores (el clero, la nobleza ó ejército feliz y el populacho), desde que en el siglo de fierro comenzó el imperio absoluto de las facciones, fueron obra que más parecía satánica que divina. Cuando el Papa Formosio contribuyó, á fines del noveno siglo, á restaurar en Italia el poder de los germanos, con esperanza de obtener la pacificación general, coronando emperador al bastardo carolingio, Arnulfo, atrajo una espantosa reacción á su muerte; su cadáver fué desenterrado, decapitado y condenado al infierno por su sucesor y la facción que acaudillaban Marozia y Theodora, concubinas ó esposas de los duques de Spoleto y de Toscana, ó de algún efímero rey italiano, dispuso á su antojo de la Santa Sede, en donde aquellas enérgicas y siniestras mujeres colocaron á sus amantes y á sus hijos.—La abominación de la desolación invadió el santuario, dice el cardenal Baronio; después de una serie de escándalos y de torpezas inenarrables, un hijo de Marozia, que se había apoderado del gobierno de Roma con el título de *patricio*, deja al morir su título á su hijo de diez y ocho años, Octaviano, y lo hace nombrar Papa. Este, á quien los cronistas pintan como un monstruo, que reunió todos los vicios de los Neronés y los Elagábalos, fué el primer pontífice que cambió su nombre; se llamó Juan XII. A fuer de buen feudal reclamó un vasto territorio como feudo de la Iglesia; el que se llamaba entonces rey de Italia le resistió, y el Papa llamó á Ottón I, rey germánico (960).

3. *La casa de Sajonia; unificación imperial.*—Otto ú Ottón ha merecido de la historia el sobrenombre de Grande; la figura de Carlo Magno, agigantada ya por la leyenda, cubre como una gran sombra á la nueva monarquía; así como el emperador franco soñaba con la restauración del imperio romano de Occidente y creyó que lo había restaurado, cuando no había realizado más

que una enorme aglomeración, el nuevo rey sajón y todos sus sucesores soñaron con restaurar el imperio de Carlo Magno, con sus caracteres de católico y romano, que eran facticios y quiméricos. Ottón, hijo de Enrique el Fundador, aprovechó la obra de su padre y la continuó; coronado con inusitada pompa junto á la tumba de Carlo Magno, fué declarado, según una fórmula que persistió en lo de adelante, «rey de los francos, propuesto por su padre, elegido por Dios y hecho rey por los príncipes.»—Comienza por someter á su autoridad al duque de Baviera y luego á los de Franconia y Lorena, que, coaligados con los reyes de Francia, algunos príncipes eclesiásticos y un hermano de Ottón, habían promovido en el Occidente una vasta rebelión; penetra en el corazón de Francia y trata á los grandes vasallos de los últimos carolingios como si él fuera su soberano. En Alemania colocó á los miembros de su familia al frente de los principales Estados y extendió las fronteras alemanas á expensas de los eslavos. Su casamiento con la viuda de uno de tantos reyes italianos, asesinado probablemente, con la famosa Adelaida, lo decide á una intervención radical en los asuntos de la Península; el Papa Juan XII lo convidaba á esta intervención. Mas la rebelión de un hijo suyo y una espantosa algarada de los húngaros retuvieron á Ottón en Alemania, y sólo cuando los magyares recibieron el golpe de gracia en el *Lech* (955), y Alemania, libre ó sometida, lo aclamó como un nuevo Carlos, penetró en Italia y fué á Roma, en donde el nieto de Marozia lo ungió emperador y augusto; así nació en 962 el *Santo imperio romano germánico*, que había de durar, como una especie de espectro histórico, hasta los umbrales de la edad contemporánea.—Se dice que Ottón, en cambio, cedió un vasto territorio al Papa, comprendiendo en él á las ciudades de Venecia, Spoleto, Benevento y la isla de Sicilia; si la cesión fuese cierta, lo que no se probará nunca, tenía el carácter puramente feudal, era un *beneficio* que constituía al Papa en gran vasallo del santo imperio. El joven Juan XII reclamó el cumplimiento de las promesas y tomó la actitud de un rebelde; Ottón se apoderó de Roma á viva fuerza, y depuesto el Papa por un sínodo *ad hoc*, fué nombrado en su lugar un laico, hecho diácono y presbítero después de su elección; ésta no pudo ser más ilegítima y, sin embargo, los sucesores de León VIII (y no los del electo conforme á las reglas, á la muerte de Juan XII, con el nombre de Benedicto V) son los que hasta nuestros días han recogido la herencia de San Pedro. Cuando los romanos, aterrorizados por los sajones de Ottón, que todo lo devastaban y arruinaban, quedaron sometidos, éste, que había hecho consagrar á su hijo emperador por Juan XIII, criatura suya, y lo había casado con la princesa Teofania, de la dinastía de los macedonios bizantinos, vuelve á Alemania y muere en 973.

Su hijo Ottón II continúa su obra; muy joven y bajo la influencia directa de la bizantina su esposa y de la italiana su madre, la ambición de dominar el mundo con la espada y con la tiara, de que se consideraba dueño, fué su guía; pero primero lo retuvieron en Alemania las eternas disputas á que daba origen entre francos y teutones el ducado de Lorena, atizadas y explotadas contra la agonizante dinastía carolingia por los duques de Francia, los futuros *Capetos*. Ottón en una nueva invasión de Francia llegó hasta París, baluarte de la familia destinada á reinar; luego fué á Roma y penetró en el Sur de Italia con objeto de expulsar de ahí á los bizantinos, y, triunfante primero, pero después vencido, muere mientras preparaba nuevas expediciones. Su hijo de tres años, Ottón III, le sucede; cuando este príncipe llegó á los diez y seis años, bajo la tutela de Teofania y de su anciana abuela Adelaida, graves acontecimientos se habían verificado; sobre todo, el gran acto de independencia de la Iglesia de Francia que se declaró superior al pontífice y, proclamando la caducidad de los carolingios, había entronizado en Francia á un príncipe laico, pero á quien podía considerar como uno de sus miembros, porque era varias veces abad, á Hugo Capeto, en suma.—En Italia los papas eran hechura ó vivían bajo la tutela del más poderoso jefe de facción que había entonces en Roma, Crescencio, hombre de grandes facultades, de la misma familia que Theodora y Marozia y que representaba la protesta de Roma contra los papas impuestos por los emperadores y, más que todo, contra los papas extranjeros que nombraba Ottón III (Bruno—Gregorio V, el primer papa alemán y Gerbert—Silvestre II, el primer papa francés); Ottón se hizo ungir emperador y nombró al papa alemán; Crescencio á su vez nombró otro que fué castigado por los fieles de Ottón con bárbaros tormentos, mientras Crescencio era capturado en el castillo de St. Angelo y decapitado y colgado después. El pavoroso año de mil se acercaba, el *siglo de fierro* debía acabar en una catástrofe universal, según una interpretación popular del *Apocalipsis*; signos terribles lo anunciaban, hambres, epidemias, precursoras del cataclismo. Muchos y muchas hacían penitencia y devolvían á la Iglesia los bienes usurpados en forma de donaciones; el mundo, dice un cronista, se cubrió de Iglesias, como de una túnica blanca..... Ottón III hizo elegir, por entonces, papa, á su preceptor, un monje francés, Gerbert, que tomó el nombre de Silvestre II.—Este ilustre fraile, el hombre más docto de su tiempo, que en los monasterios catalanes había aprendido la ciencia árabe, después de una vida tempestuosa, unas veces favorito de los emperadores alemanes, otras de los nuevos reyes de Francia, cuya Iglesia lo puso á su cabeza en el arzobispado de Reims, de que lo desposeyó un papa, y por

último preceptor y director de Ottón III, desplegó un celo vivísimo por la paz de la Iglesia, inició serias reformas, recibió la sumisión formal del primer rey cristiano de Hungría (San Esteban) que se consideraba vasallo de San Pedro y concibió la idea de las cruzadas para rescatar el Santo Sepulcro. Después de medio siglo de gobernar al pontificado como señores absolutos, los ottonidas, en la cabeza del tercero de ellos, celebraron un pacto de unión y concordia con el sucesor del apóstol: ideal de los político—teólogos de la época. El joven emperador dió un aspecto completamente bizantino á su corte y pretendió establecer su capital en Roma, desde donde más ó menos directamente pretendía gobernar el Occidente, como que era rey de reyes.—El poder imperial podía considerarse en su apogeo y la unificación consumada. La teoría imperial, que luego debían formular perfeccionada los juriscultos romanistas de Bolonia y Santo Tomás de Aquino y Dante Alighieri, ya podía condensarse en estos términos: «el imperio romano había sido legítimamente universal (lo que se probaba por la historia de Eneas, antecesor de Julio César), protegido por Dios (lo decían los milagros de la historia Romana), anunciado por los profetas (visión de Daniel), escogido por Cristo para nacer en él y reconocido de origen divino por las palabras del Salvador á Pilatos; el imperio transferido á Constantinopla, al fin indigna de su privilegio por sus herejías, había vuelto á tener por cabeza á Roma, gracias á los francos y á los pontífices; pertenecía de derecho, por ende, á la nación germánica; Carlo Magno y Ottón eran, pues, los sucesores directos de los emperadores romanos; en ellos se personificaban los designios de Dios sobre el gobierno del mundo.—Mas el imperio no es la sola autoridad; así como en el hombre hay dos naturalezas, la espiritual y la temporal, así en el mundo hay la tierra y el cielo; el emperador es el guía en la tierra, el pontífice lo es para el cielo; son en realidad las dos únicas autoridades.» En los primeros años del siglo XI, murieron el emperador y el papa Silvestre, *el brujo*, como le llamaba el pueblo.

4. *La reforma eclesiástica, «la querrela de las investiduras» y la casa de Franconia.*—En las poblaciones educadas por el imperio romano, se había convertido en hábito hereditario, es decir, en instinto, la tendencia hacia una vida de cerca ó de lejos cuidada y garantida por la autoridad; este instinto fué el ancla que mantuvo obscura, pero fuertemente unido á la cultura latina, al mundo medioeval y, al través del caos feudal, dió toda su importancia como centro ó clave de aquel disgregado organismo á Roma y al pontificado. De aquí este fenómeno raro: á pesar de la indescriptible depravación de costumbres de la corte romana, de las cortesanas fabricando papas, de los empe-

radadores nombrándolos y del pueblo y las facciones haciendo los suyos en sangrientas y vergonzosas elecciones ó deshaciéndolos con crímenes horrendos, la cristiandad occidental se mantenía obediente á los pontífices. Los obispos (en no pocos de ellos se reproducían las escenas de la corte romana) conservaban, en principio, y con temporales excepciones, su obediencia al obispo de Roma, en quien primero reconocieron un superior, luego un jefe y por último un monarca; á eso debe atribuirse el buen éxito de la compilación de supuestos decretos de los pontífices fabricado en el Oeste de Francia (las Falsas Decretales) en que se formulaba la supremacía del papa sobre la Iglesia entera, lo mismo sobre los obispos que sobre los concilios y hasta los soberanos. Todos los papas usaron de esa compilación y en ella se apoyaron por bastante tiempo los derechos pontificios.—Pero si la Iglesia obedecía y, por consiguiente, podía ser reformada, en cambio las costumbres del clero la disolvían. Los obispos y abades eran simples señores feudales que en la guerra combatiendo y en la paz holgando, no se diferenciaban en nada de éstos. Codiciadísimas como eran, de reyes y barones, las pingües rentas eclesiásticas que se multiplicaban asombrosamente, el tráfico de los beneficios de la Iglesia era cosa común y corriente; los soberanos los daban, los vendían y á los que los recibían los *investían* como á sus otros vasallos, con la diferencia de que á éstos, cuando eran obispos, les daban, en señal de *investidura*, el báculo y el anillo, objetos de un simbolismo esencialmente religioso, sin embargo, y destinados á los pastores de almas y esposos de la Iglesia.—Con los nuevos emperadores alemanes, que disponían como de un feudo de la tierra pontificia (feudo de carácter excepcional) este estado de cosas empeoró: los beneficios eclesiásticos parecían propiedad de los soberanos que se cuidaban muy poco de los anatemas inofensivos de quienes bautizaban este tráfico con el nombre de *simonía*, porque, según la tradición, *Simón el Mago* había querido comprar ó sobornar á San Pedro.—Otro de los graves problemas era entonces el celibato eclesiástico; cierto, todas las razones morales están en contra de semejante institución substancialmente antisocial; mas el carácter especialísimo del sacerdote misionero en aquella época lúgubre, misionero cuyos deberes exigían un desprendimiento absoluto de las cosas terrenas, exigía el celibato. En verdad muy pocos lo observaban; una especie de matrimonio inferior, que los romanos llamaban *concupinato*, dominaba en las costumbres clericales. El peligro consistía en que, obtenidos como feudos los beneficios, por hombres que ó eran laicos (los reyes de Francia eran abades de San Dionisio) ó eran clérigos caídos, tenderían á hacerse hereditarios en las familias, y así habría sucedido efectivamente hasta con la Sede pontificia; pues la Iglesia, adquiriendo por la herencia el pleno carácter

feudal, dejaría de ser católica, para dividirse en iglesias locales ó nacionales, de lo que ya había graves indicios.—El punto objetivo de la reforma era, pues, la abolición de la simonía y la imposición absoluta del celibato eclesiástico. En las órdenes monásticas, constantes salvadoras de la Iglesia, surgió el remedio, y eso simplemente con la renovación de las reglas rigurosas de la vida ascética. El monasterio de Cluny en Borgoña dió el ejemplo; pronto cundió el espíritu fervoroso de sus fundadores y se organizaron vastas asociaciones de monasterios bajo la dependencia de uno solo, de donde salieron verdaderos ejércitos de monjes disciplinados admirablemente y que, bajo la enseña clunicense, predicaron la reforma: la guerra á la simonía y al nicolaísmo (así se llamaba la doctrina contraria al celibato eclesiástico) y la supremacía absoluta del pontífice romano.

A Ottón III sucedió Enrique II, su más próximo pariente, y el movimiento de identificación entre el Imperio y la Iglesia se acentuó más; el emperador Enrique I (segundo como rey de Alemania) dejó en absoluta libertad al pontificado, que de nuevo estaba bajo la absoluta dependencia de los condes tusculanos; hizo grandes donaciones á los monasterios, y cuando murió fué venerado como un santo. Con él acabó la dinastía de Sajonia y comenzó con el nuevo designado por los príncipes electores, Conrado II, la casa de Franconia (1024). Tomó entonces nuevo vuelo el poder imperial; Conrado fué un protector de la Iglesia, es decir, que la avasalló completamente, repartiendo á su antojo los beneficios eclesiásticos entre sus vasallos, para lucrar y asegurar su dominación, presidiendo concilios, lo mismo en Roma que en Alemania, é ingiriéndose en las disposiciones religiosas. Fué un protector de la pequeña nobleza feudal con objeto de disolver la grande, tanto en Alemania como en Italia, en donde los burgueses y los barones menores unían sus esfuerzos para conquistar la libertad contra sus príncipes laicos y eclesiásticos, á quienes Conrado dió el derecho de herencia de los beneficios, pero subordinándolos directamente al emperador. Encarnación de la teoría imperial, Conrado subalternó al Imperio el inquieto ducado de Lorena y se apoderó del reino de Borgoña, tratando como un superior, si no como un soberano, á los reyes de Francia y Dinamarca. Su absorbente política le suscitó serias contrariedades en su reino de Italia y aun no las vencía cuando murió en 1039.—El magno interés de Conrado era fundar una dinastía y, cuando murió, tiempo hacía que había sido nombrado para sucederle su hijo Enrique III. El poder de este monarca superó quizás al de Ottón el Grande. La Iglesia y el Imperio, comprendiendo en él á Italia y Borgoña, se pusieron á los pies de aquel joven piadoso, instruído y que se creía un enviado de Dios, en toda la extensión de la frase; después de impedir por la fuerza la formación de un

reino eslavo en Polonia, de sofrenar vigorosamente á los húngaros y de secundar la tentativa de la Iglesia, dirigida á procurar la paz entre los varones feudales, en Francia principalmente, fué á consagrarse emperador á Roma. Las ideas de reforma, propagadas por los monjes de Cluny, cundían por todo el imperio; muchos obispos no se contentaban con la investidura imperial, sino que tenían por necesaria, para no ser tachados de *simoniacos*, la confirmación del papa; Enrique III hizo suya la causa de la reforma, que en el fondo le era odiosa, y con el carácter de reformador de la Iglesia se hizo ungir; mas no por uno de los diversos papas que por la fuerza ó por el dinero se habían apoderado de la sucesión de San Pedro (uno de los cuales, el legítimo, Benedicto IX, después de vender á otro su abdicación, había vuelto á ocupar la Sede y estaba á punto de casarse) sino por otro, nombrado por el mismo emperador á petición de los electores, Clemente II. Ungido emperador con el ostentoso aparato que daba al príncipe aspecto y carácter sacerdotal (ceñía la mitra y vestía la dalmática y la capa pluvial), Enrique III siguió reinando como si á un tiempo fuera emperador y pontífice. «Yo soy también, decía el emperador á un obispo que se negaba á seguirlo á la guerra; sacerdote como tú, y he sido ungido con el santo crisma, que me da el poder de mando sobre todos.» «Con esta diferencia, contestaba el obispo; que tú has sido ungido para dar la muerte y yo para dar la vida.» Todo el conflicto entre el Imperio y el Pontificado estaba implícito en aquel diálogo. Todavía el emperador nombró dos papas alemanes: León IX completamente gobernado por la influencia de Cluny, recorrió la cristiandad predicando y reuniendo concilios que se pronunciaban tímidamente contra la elección de los obispos por los monarcas y señores; este papa no pudo evitar la consumación del Cisma de Oriente y la separación de las Iglesias latina y bizantina de un modo definitivo, batalló y se reconcilió con los normandos que predominaban ya en la Italia meridional. Víctor II fué el último papa nombrado por Enrique, y bajo su pontificado murió en 1056, dejando por heredero á un niño de tres años, Enrique IV. Durante la minoría de Enrique IV organizóse en Italia una poderosa resistencia á la terrible tutela imperial á que estaba sujeta la Iglesia; en esa resistencia tomaron parte conspicua los condes de Toscana y, sobre todo, las condesas Beatriz y su hija, la famosa Matilde, los príncipes normandos que se habían reconocido feudatarios de la Santa Sede y los papas, gobernados por los apóstoles de la reforma, entre quienes descollaban Pedro Damiano, un elocuente y fervoroso místico, y un monje de Toscana educado en Cluny, Hildebrando, que era á la vez un reformista celosísimo y un hombre de acción y de genio, dotado de indomable carácter.

—Bajo el pontificado de Nicolás II se proclamó el programa de los reformistas, anatematizando la simonía y sosteniendo el celibato eclesiástico, con todos los recursos morales y temporales de la Iglesia, al mismo tiempo que un concilio sublimaba la misión del sacerdocio, hasta hacerla, en ciertos momentos, superior á la de los ángeles, como consecuencia de la definición del *dogma eucarístico*, que consistía en afirmar que por medio de la consagración en la misa, el pan y el vino se transformaban en la carne y la sangre de Cristo. Además, quedó decretado que la elección de los pontífices, semillero de tantas discordias y crímenes, se haría, en lo de adelante, por los curas y vicarios de las parroquias de Roma, es decir, por los *Cardenales*, lo que suprimía de hecho la intervención del pueblo y mermaba la del emperador.—Muchos obispos italianos y germanos, enemigos de la reforma y partidarios del emperador, eligieron un antipapa y provocaron la guerra á la muerte de Nicolás; Hildebrando, que había hecho elegir á Alejandro II, fué el alma de la lucha en que triunfó al fin. El año de 1073 Hildebrando fué nombrado papa con el nombre de Gregorio VII.

El nuevo jefe de la cristiandad, pequeño de cuerpo, de mirada de águila, ardiente y nervioso, tenía el temperamento de uno de esos obispos batalladores é inflexibles que iban al martirio profiriendo anatemas contra sus verdugos: su celo de apóstol por la reforma de la Iglesia á punto de disolverse; la idea que se formaba de la urgentísima necesidad de consumar esa reforma; su convicción de que esa necesidad era el primer deber de todo sacerdote cristiano y el concepto que tenía de la inmensa misión que en este sentido incumbía al jefe del sacerdocio, al Pontífice, hicieron de Hildebrando uno de los individuos más notables que hayan ocupado la silla de San Pedro. Su inquebrantable voluntad, su carácter de acero y la inmaculada pureza de su vida, hacía tiempo que lo designaban para realizar una empresa, de que había sido el alma en los pontificados anteriores. Dió, pues, comienzo á su misión en cuanto fué consagrado, después de solicitar la confirmación de su nombramiento por el rey germánico.—Todos los decretos y anatemas contra los sacerdotes y seglares que traficaban con los beneficios y los derechos de la Iglesia, y contra los clérigos concubinaros, fueron renovados y apoyados por terribles excomuniones y por la invitación formal á los pueblos á la desobediencia de sus prelados excomulgados.—Consecuencia de esta supresión absoluta del tráfico de los beneficios ó *simonía*, fué la declaración de que *la investidura* que desde hacía tiempo usaban los reyes y señores con los obispos y abades, por el báculo y el anillo, símbolos de la misión espiritual, quedase terminantemente prohibida y anatematizada cuando fuese otorgada por un laico, pues era atribución exclusiva de la Iglesia. Lo que estaba en cuestión en lo que

se ha llamado la *querella de las investiduras*, era la independencia de la Iglesia respecto del poder civil, cosa justa, necesaria y buena, dado el papel moralizador y civilizador de la Iglesia medioeval. — Mas como los beneficios eclesiásticos y los feudales eran idénticos, y como más convenía á los soberanos tener feudatarios eclesiásticos que laicos, porque los beneficios de los primeros no eran feudos hereditarios y podían disponer de ellos periódicamente, y como era este uno de los recursos más pingües de los reyes, sobre todo de los reyes germánicos, la resistencia tenía que ser vivísima, y en ella, los mismos obispos que vivían como barones feudales y que tenían familias, tomaron parte en gran número. — Por donde quiera los sacerdotes casados protestaron ruidosamente; pero los legados pontificales, monjes en su mayor parte, recorrían las comarcas predicando la reforma, y una gran parte del pueblo aisló á los excomulgados y se entregó contra ellos á actos de violencia salvaje. Enrique IV entró en la lid; Gregorio reunió un gran sínodo en Roma; el rey germánico convocó otro sínodo alemán, y en él un cardenal infiel acusó al papa de trastornar la cristiandad rodeado de un senado de mujeres y de «tomar para sí toda la autoridad y el poder, entregando la administración de todas las Iglesias al furor plebeyo, á la democracia.» En tal virtud, Gregorio fué depuesto; mas el sínodo italiano y la cristiandad permanecieron fieles al Reformador, que levantándose por encima de todos los poderes temporales, excomulgó á Enrique, le prohibió ejercer la monarquía y desligó á sus súbditos del juramento de obediencia. Por vez primera un papa despojaba á un soberano de la corona; la Iglesia marchaba de la independencia á la dominación sobre el Estado, e, d., á la *teocracia*. — Poco tiempo después, en medio del incendio de la Alemania entera, Enrique, fugitivo, se dirigía al castillo de Canossa, en donde el papa se hallaba bajo el amparo de la célebre condesa de Toscana, Matilde, que había cedido sus tierras patrimoniales á la Iglesia; después de esperar el emperador, en hábito de peregrino, en medio de crudísimo invierno, que Gregorio se apiadase de él, fué recibido y perdonado *condicionalmente*. Pero Enrique, muy inteligente y muy versátil, obstinado y débil á la vez, recommenzó pronto la lucha; sus enemigos, inspirados por Gregorio, eligieron un nuevo rey, Rodolfo de Suavia, y una espantosa lucha civil hizo correr ríos de sangre en Alemania; Gregorio llama á su tribunal á ambos reyes y pronuncia la destitución de Enrique, que responde haciendo elegir por sus obispos un *antipapa*. — El programa teocrático quedó formulado en medio del fragor de la contienda: los monarcas debían estar sometidos al papa, como el cuerpo al espíritu; el pontificado es el sol, el imperio la luna que recibe del sol su luz. Consecuente con esta doctrina, que hacía del

Vice-Dios (*vicedio*) un verdadero rey de reyes, Gregorio dispone de los reinos: convierte en rey al duque de Polonia; impide el desmembramiento de los países escandinavos; exige de Guillermo, el duque normando que acababa de conquistar á Inglaterra, un juramento de fidelidad (que éste rehusa); excomulga al rey de Francia y declara á los reyes de España y de Hungría que sus sendas coronas eran *propiedad de San Pedro*. Más aun, proyecta una gran cruzada contra los turcos y pretende apoyarse en *sus vasallos*, los normandos de Sicilia, para acabar con el cisma que dividía la Iglesia Oriental de la Occidental, apoderándose de Constantinopla.

Muerto el anticésar Rodolfo, y á pesar de otros rivales que le suscitó en Alemania el partido gregorista, apoyado en los sajones, Enrique vino sobre Roma; durante cuatro años se sucedieron los ataques á la ciudad pontificia; Enrique logra ser coronado emperador por su antipapa (*su bestia*, como decía un cronista contemporáneo), y durante meses enteros la batalla continúa en Roma, en los antiguos monumentos convertidos en fortalezas (que quedan definitivamente destruidos), en las iglesias, en las calles. La cristiandad estaba horrorizada de aquella lucha que causó tanta ruina como las invasiones de los godos y los vándalos. Gregorio estaba á punto de sucumbir en el sepulcro de Adriano, en que se había refugiado, si los normandos, establecidos en el Sur de Italia no lo hubiesen libertado conduciéndolo al Sur en donde murió: «Muerdo en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad,» fueron sus últimas palabras; la historia venera al reformador de la Iglesia, al apóstol; condena al teocrata, no porque su doctrina no fuera lógica, dadas las creencias de la época, sino porque era dañosa é irrealizable; mas las ideas y las condiciones del tiempo en que vivió atenúan su yerro.

La *querella de las investiduras* continuó mucho tiempo; los hombres de gran carácter que sucedieron á Gregorio y el movimiento de las Cruzadas iniciado por ellos, ayudaron mucho á la consecución del designio pontifical. Enrique IV tuvo el dolor de ver á dos de sus hijos sublevados contra él, y murió casi abandonado. Uno de esos hijos rebeldes, Enrique V, continuó en el trono la empresa de su padre y obtuvo por la fuerza, de un papa débil, la confirmación del derecho de investidura; pero el resto de la Iglesia protestó y continuó la lucha, terminada por el concordato de Worms en 1122; el emperador, según ese pacto, renunció á la investidura espiritual, con tal que las elecciones se hicieran en su presencia, y con tal de conservar la parte temporal de la investidura. Pero la parte esencial de la Reforma se había logrado: el celibato eclesiástico, la extirpación de la simonía y la libertad de las elecciones canónicas. Con Enrique V terminó la casa de Franconia en 1125.